

LEZAMA LIMA o el azar concurrente

SEGUNDA EDICIÓN REVISADA Y AUMENTADA

JOSÉ PRATS SARIOL



Edición: María García Estrada
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Ilustración de cubierta: René Portocarrero,
de la serie *Floras*
© José Prats Sariol, 2017
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2017
Segunda edición: © Casa Vacía, 2021

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

*Creo que esta gesta debe engendrar una
tradición por la continuidad y la leyenda.*

Editabunda a Fronesis,
Oppiano Licario, CAPÍTULO IX.

PRÓLOGO

Me dirijo al “lector común”, en el sentido que le otorgara Virginia Woolf como homenaje al Dr. Johnson¹. Pienso en la persona que lee por su propio placer, al que subordina cualquier otra finalidad. Con ella deseo compartir algunos criterios. Quizás mis reflexiones y conjeturas susciten nuevos ángulos, otros desvíos en la valoración de la obra de un escritor singular.

Al optar por el ensayo libre, sé que el reto expresivo debe conciliar el uso de la primera persona, lo falible que lleva implícito, con la mayor argumentación de que soy capaz, lo que obviamente implica el conocimiento de cada uno de los escritos de José Lezama Lima y de la mayoría de las exégesis que ha tenido. También entraña, por supuesto, poner en crisis mis prejuicios. Nunca aferrarme al ridículo de que la experiencia otorga certeza, a mis cuarenta y tantos años de acercamientos críticos a su obra.

Como tuve el privilegio de disfrutar el magisterio de Lezama desde mis diecisiete años hasta la muerte del poeta en 1976, al celebrar su centenario me siento

¹ “*The common reader, as Dr. Johnson implies, differs from the critic and the scholar. He is worse educated, and nature has not gifted him so generously. He reads for his own pleasure rather than to impart knowledge or correct the opinions of others*”. En Virginia Woolf, *The Common Reader*, Harverst Edition, U. S. ,1984, T. 1, p. 1.

obligado a reciprocitar aquella generosidad. Aunque con mucho de orgullo y algo de presunción, tal vez un adolescente de hoy pueda encontrar aquí ciertos alicientes no hagiográficos. Seducciones capaces de convertirlo en un lezamiano, es decir, en un ser humano de apetencias más complejas y succulentas.

La proposición que desarrollo de forma convergente tiene su axis en la utilización de las fases del Curso Delfico como hermenéutica, de ahí que mi “arte de interpretar” los textos de Lezama comience por una crónica reflexiva como “alumno” del peculiar Curso. Esa mezcla de crónica con exégesis va a caracterizar la travesía, porque me parece que siempre forman una unidad indisoluble, no reprimible bajo ninguna exigencia “científica”. Lo mismo hace Harold Bloom en su juicioso *Where Shall Wisdom Be Found*², título que toma de *El libro de Job*. Y tantos otros seguidores de Montaigne.

El desvío esencial de mi propuesta de lectura está ahí, en los tres estadios que luego giran y avanzan, se aciclonan: La obertura palatal, el horno transmutativo y la galería aporética. Ellos determinan el título, porque el “azar concurrente” es un misterio de los sentidos y a la vez una analogía que se hornea, un oráculo de la pitonisa en Delfos y una causalidad contradictoria, desconocida, como explico en el ensayo que sirve de umbral.

Los textos subsiguientes giran por cada una de las fases delficas, oraculares. Van de su labor fundacional a la poesía, de su prosa autobiográfica a la especulación estética... Parten de una evidencia: la “voz” de Lezama es inconfundible en cualquier género, por lo que

² Harold Bloom, *Where Shall Wisdom Be Found?*, U. S., 2004. En español: *¿Dónde se encuentra la sabiduría?* (Trad. de Damián Alou) Ed. Santillana, México, 2005, “Montaigne y Francis Bacon”, p. 117 y ss.

escindir poemas de ensayos, novela de cartas o artículos, entrevistas de conferencias o cuentos, sólo tiene una utilidad expositiva... Le agradezco a esta certeza que me hiciera releer una vez más toda la obra, en función de cada zona délfica.

El ensayo final es el azar que etimológicamente pregunta a la flor por lo que va a suceder. Ni “conclusiones” ni “resumen”. Vuelta al paladar, a la transmutación y sobre todo a las aporías helénicas, que mucho tienen de lúdico, de travesuras, como él supo hallar —no siempre acertadamente— en el manierismo. Aunque allí aventuro algunos consejos para saborear mejor a Lezama, en ningún momento tal propósito didáctico deja de rotar y trasladarse, como las ondulaciones del huracán verbal que caracteriza su obra.

Una “Nota bibliográfica” enuncia los *Índices* existentes, y en las notas a textos aparecen las ediciones príncipes, críticas o anotadas que he consultado, así como los estudios que más fuerza tienen dentro del mío. Su brevedad no opaca mi gratitud.

Mi texto oscila entre el periodismo cultural y la erudición filológica. Decidí favorecer, priorizar, la alianza entre el pensamiento crítico y el creador. Abrir los círculos de lectores más allá de unas docenas de especialistas. El riesgo, claro está, ni justifica probables argumentaciones endebles ni hipótesis quizás dictadas por la admiración.

A medio camino entre el autodidacto y el académico, siempre me he cuidado mucho de no ser víctima de teorías literarias que se tragan el objeto de análisis, que remiten a sí mismas, despliegan “deconstrucciones” exógenas al texto literario o se hunden en una terminología críptica, importada de otras disciplinas

humanísticas que aún padecen el espejismo positivista de “ciencias”.

El título —luego de muchas reflexiones y consejos de amigos— intenta sintetizar en *el azar concurrente* la presencia de la filosofía helénica hasta Sócrates y Platón, que tanta influencia ejerciera en la obsesiva conformación del sistema poético lezamiano, como intento mostrar en el estudio sobre su ensayística y en *Opus Ícaro*. La certeza de causalidades desconocidas, pero tan existentes como la ley de la relatividad, la telepatía o la explosión primera de lo que llamamos Universo, llega a Lezama a través de las filosofías orientales, cuando aún no se habían divorciado del “pensamiento occidental”. La noción de *imago* como un *súbito* privilegia la intuición como forma del conocimiento y de la creación, en su caso verbal, asociada al *Dador*. De pronto concurren determinados factores que producen la imagen o inauguran un verbo o un sustantivo. El placer de escribirlo, oírlo o leerlo —como estudiara, entre otros, en Giambattista Vico— es un *azar*, flor que se deshoja y sino manifiesto. Destino que recuerda el refrán de que uno propone y Dios dispone, según el catolicismo subyacente en su *poiesis*.

“¿Para quién escribe?” —le preguntaron una vez. Lezama, tras una sonrisa de burla, respondió: “En un himno atribuido a Orfeo se dice: ‘Sólo hablo para aquellos que están en la obligación de escucharme’. Que esa sentencia órfica nos acompañe siempre”³. También bajo esa máxima órfica camina el presente ensayo, hacia una era imaginaria que enorgullece la lengua española, que ahora salta de nube en nube por

³ Salvador Bueno: “Respuestas de J.L.L. a un cuestionario”, mayo de 1970. Cf. *Dossier*, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana.

las noches para recordarme que allí está observando, riendo, artizando.

El 19 de diciembre de 1910 se acerca al 19 de diciembre de 2010. El cilindro de Anaximandro arriesga otra aventura. Cumpló una deuda conmigo mismo. Ícaro y Orfeo siguen hasta el mito de Sísifo en el azar concurrente.

Nota a la segunda edición (2016)

Mi gratitud a la Editorial Casa Vacía y a su director Pablo de Cuba Soria por la deferencia de propiciar esta segunda edición. Cada uno de los ensayos que componen mis acercamientos a la obra de Lezama, desde 1970 hasta hoy, han sido revisados para esta entrega, con la inapreciable ayuda de María del R. García Estrada; a partir de los agrupados hace seis años —cuando el centenario del poeta— para la Editorial Confluencias, en Almería, España. Soy responsable de cualquier gazapo, errata o malentendido que pueda haberse escapado al trabajo de edición. Reitero una vez más mi deseo esencial: propiciar diálogos, interactuar con aquellos que formamos el círculo de lectores de Lezama.

EL CURSO DÉLFICO

Estas páginas intentan ser homenaje a un gran hombre y a la vez un desafío pedagógico. ¿Serán recordatorio y reto? Quiero salvar una ausencia dentro de la torrencial bibliografía que suscita José Lezama Lima, pues si bien su labor de maestro ha sido enunciada, lo cierto es que este ángulo de su vida, de su trabajo, aún carecía de estudio.

Pretendo informar acerca de una experiencia decisiva en mi vida. Tuve el privilegio de asistir desde adolescente, en 1963, al *Curso* que se impartía en la sala de una sencilla casa de columnas salomónicas, al borde de La Habana Vieja. El maestro, orgullo de la cultura latinoamericana, aún impulsa y regaña y sonríe. Mira con sus pequeños ojos. Asiente y disiente del alumno. Aún indica, sugiere, critica, encanta. Ejerce un magisterio inefable.

Cuando se divulgue suficientemente el ejercicio pedagógico que él realizara, fuera de toda institución docente, la valoración será más integral, más justa. Alcanzará la dimensión que supo ganarse en lucha contra la desidia y la abulia, contra los que él llamara en deliciosa estampa los “profesionales del aburrimiento”.

La descripción del Curso Délfico, perfectamente caracterizado por lo que se ha dado en llamar “enseñanza problémica”, con evidentes apoyos en lo mejor del

conductismo, y con claras bases en la mayéutica socrática que Platón sistematizara en sus *Diálogos*, posee una enorme utilidad pedagógica, contribuye a las cada día más imprescindibles reflexiones críticas sobre la didáctica al uso, en un mundo —¿posmoderno?— donde la electrónica y sus múltiples consecuencias científicas y técnicas han revolucionado desde sus raíces la relación enseñanza-aprendizaje, profesor-alumno, escuela-vida; aunque todavía muchas instituciones docentes y proyectos educativos vayan a la saga de tal realidad.

Supongo que dar cuenta de esta peculiar modalidad educativa sirva de estímulo a los más jóvenes, en especial a los que muestran una vocación literaria y artística, humanística. Tal vez sirva como motivo de análisis a los que tienen la enorme y delicada responsabilidad de enseñar, particularmente a los que trabajan en universidades, que es ciertamente donde los problemas, el desafío instrumental y el reto de la funcionalidad y eficacia de los conocimientos adquiridos, se han vuelto más críticos, dentro de la evidente anacronía de modos enciclopédicos y memorísticos propios de Gutenberg, de una era o galaxia donde predominaba lo visual con sus derivados reiterativos y antisensoriales. A la inercia metodológica, penosamente visible en clases, programas y textos, vale oponer la gracia imaginativa, antijerarquizante y pluralista, que supo florecer en la casa-jardín del autor de *Fragmentos a su imán*. Entrar al Curso es explicar el adjetivo Delfico que lo caracteriza. Recordemos que Delphos se hizo célebre por el templo consagrado a Apolo, donde el dios manifestaba sus oráculos por la boca de la Pitia. Las respuestas que la sacerdotisa comunicaba una vez al año, hacia los comienzos de la primavera, eran tomadas como predicciones exactas y simbólicas. Las sucesivas pitonisas convocaban de esa

forma al porvenir, hablaban al futuro, como Lezama en su Curso.

Apolo era considerado el creador de la poesía y de la música, y el que en más alto grado poseyó el conocimiento del porvenir, lo que explica la profusión de templos en su honor. El trípode donde se sentaba la pitonisa a transmitir la palabra de Apolo puede asociarse, mutarse, al humilde butacón, bastante maltrecho, desde donde Lezama nos transmitía sus modos de entender la cultura, vinculados a la noción del estado apolíneo, de forma y orden en contraposición e interdependencia con lo dionisiaco como oscuro impulso creador, al cual, en definitiva, debe integrarse aquel en un estadio superior de sabiduría, ya que —como lo entendió Nietzsche en su *Origen de la tragedia*— el estado apolíneo reflejaría el punto culminante de lo dionisiaco, de la exaltación y la ebriedad creadoras.

Riguroso lector de Federico Nietzsche, Lezama escribió páginas memorables sobre el atormentado y genial autor alemán. En un texto de 1957, “Obra póstuma de Nietzsche”, recogido en *Tratados en La Habana*, muestra cuán hondas fueron sus percepciones. Allí se burla de los profesores “que juegan a la asimilación de los estilos y a sus entretenidos torneos cortesanos”. Al valorar el texto “Mi hermana y yo” refuta su autenticidad con argumentos que sólo un profundo conocedor podría enunciar. ¿Acaso la búsqueda del “súbito”, dentro del “azar concurrente” de su poética incorporativa, no refleja aquellas palabras de Nietzsche donde asevera que “el pretendido instinto de la causalidad no es otra cosa que temor a lo inusitado”?

Lezama supo, experimentó y problematizó, que el ideal Apolo-Dionisio, entendido como vía de perfección, provenía del discípulo de Schopenhauer, del

fanático de la grandeza orquestal de Wagner; aunque en ambos no pueda excluirse la influencia de Hegel y de Schelling. Lo curioso es cómo Lezama polemiza con Nietzsche, es decir, no acepta la vinculación que establece entre lo dionisiaco y el ideal órfico.

En un texto capital de su ensayística, “Introducción a un sistema poético” —escrito cuando tenía 44 años—, Lezama dice: “El error de Federico Nietzsche consistió en ver a Dionisio como una creación trágica, correspondiente al orfismo, y no relacionarlo con el egipcio del período medesio”. En otra ocasión —un breve ensayo titulado “Estrategia de la prosa”— había manifestado sus propensiones a la vez que las reservas ante la cultura germánica. Allí afirmaba: “El genio alemán no agota, no ocupa totalmente”.

Las reticencias, desde luego, no empañan el reconocimiento. Al citar un aforismo de Nietzsche y elogiarlo: “Si hay dioses, ¿por qué no he de ser yo uno de ellos?”, Lezama agrega con agudeza: “He ahí a la insinuación haciendo temblar a Nietzsche, extendiéndose por todo el ramaje de la cultura luterana. La insinuación de tamaño mayúsculo tentando a un hombre de gran estilo, inyectado en una cultura que ha oscilado embriagada entre el poder y el verbo”.

La cita del ensayo “Complejo y complicado” es otro indicio del conocimiento incorporativo que del prusiano poseía el caribeño. Indica también, entre las diferencias de latitudes y de personalidades, una voracidad cultural que no opaca sensualismos, inquietudes desde una isla gravitante sobre sí misma, sin estratos grecolatinos que respetar al modo de los europeos, con el ángel de la ironía y hasta con el encanto herético de alguna burla.

Allí donde la problemática “marginalidad” de las llamadas “culturas periféricas” muestra un sincretismo

y una simbiosis (no una superposición) enriquecedoras, ajena a intertextualidades académicas de puro corte cartesiano, Lezama reconstruye, antes o después de Lacan o de Derrida, los más sofisticados cuerpos del pensamiento europeo y del asiático, los recrea ante su olfato sin pruritos de exactitudes, y a veces hasta los transforma ante la espantada vista de ciertos filólogos preocupados por la cita precisa y la referencia correcta. Mucho antes de que intelectuales de la valía de Mijaíl Bajtín teorizaran sobre lo carnavalesco y las transgresiones de la norma por la libido en las ceremonias sociales, y sobre la proyección del “espíritu de carnaval” en la literatura y las artes contemporáneas, Lezama intuía, detrás del *Sabbat*, los valores del pastiche y de la parodia, de la burla a lo museable. La ironía ante lo sacralizado u oficializado. Su manierismo —lejano de la acomodaticia, inexpresiva y vaga noción de neobarroco— tiene en estos elementos una de sus principales bases. Unas páginas escritas cuando tenía 28 años, “Carnaval del rubio Glucinio” de 1938, no por gusto es seleccionada por su autor para la clausura-apertura de su primer libro de ensayo: *Analecta del reloj*, editado en 1953.

Me permito insistir en cómo la abrumadora mayoría de los estudiosos de Lezama ha resbalado con la cáscara barroca, sin profundizar en los deslindes teóricos que hace bastante rato se han establecido entre lo renacentista, lo manierista y lo que propiamente correspondería al barroco dentro de un análisis diacrónico. Y sin distinguir cómo estas categorías hegemónicas se criollizan en América Latina. *La expresión americana*, aquel premonitorio ciclo de conferencias dictadas en enero de 1957, muestra perfectamente una interiorización de Apolo-Dionisio, de la cultura occidental, que entre otros aciertos sabe refutar las frases hechas, las ideas trilladas, la importación

de “equipos metodológicos” no “climatizados”. En la segunda de las conferencias, sin caer en la trampa de oponer lo integrable, sin que Calibán quiera agredir a Ariel en estudios verdaderamente aldeanos, Lezama dice: “... podemos acercarnos a las manifestaciones de cualquier estilo sin acomplejarnos ni resbalar, siempre que insertemos allí los símbolos de nuestro destino y la escritura con que nuestra alma anegó los objetos”.

La aparente digresión por las “fuentes” lezamianas de lo apolíneo nos ha entregado un indicio para la caracterización del Curso. Tal sesgo, obviamente, no excluye lo órfico. Es claro que su catolicismo no era ajeno a la creencia de que la vida terrenal constituye una compleja preparación para una vida más alta, rasgo del orfismo a través de ceremonias y ritos purificadores que constituían la estructura secreta de la secta.

Cualquier lector de Lezama debe recordar el ritual erótico que despliega Ynaca Eco Licario. La hermana de Oppiano funge como una especie de sacerdotisa. El encuentro de ella con José Cemí, en el capítulo V de *Oppiano Licario*, prueba su función ceremonial, eco de la obra de su hermano el Icaro, del “genitor por la imagen”. No es difícil observar en aquella “excepción morfológica” magistralmente narrada, la presencia de la secta griega. No es casual que ella también “inicie” a Fronesis, según consejo del propio Cemí. La “imago” que se busca y que viene al encuentro, encarnada en la memoria de Oppiano Licario (“la única encarnación que había conocido del Eros de la lejanía en el Eros del conocimiento”), contiene un poderoso sentido órfico. Fronesis: “Sintió por primera vez que la luz era lo que completaba el misterio de la composición universal”.

Sugerir la lectura de *Paradiso* y de su continuación inconclusa *Oppiano Licario* como parábola del Curso

Délfico, como novela iniciática, parece imprescindible para una interiorización plena de las “clases” que Lezama impartiera a un pequeño grupo de privilegiados de mi generación. Y claro que su monumento narrativo es mucho más que una historia de alguien que se inicia, como el *Doctor Fausto* de Thomas Mann, pero allí podemos encontrar, mejor que en cualquiera de nuestros testimonios, la magia del Curso, sus combinatorias desenfadas desbrozando y sembrando, simultáneamente, las ignorancias y las apetencias. Allí están desde la universalidad cubana hasta su fervor comunicativo, nada “oscuro” o “críptico” para los que sentíamos el estímulo exacto, la dificultad como gustoso desafío. En su novela la mezcla de culturas, la combinación sin prejuicios de referencias y citas, dan la tónica de lo que fueron aquellas “clases” sin aulas y sin semestres, sin un programa homogéneo y sin distanciamientos de *magister*. Lo proteico del Curso parece ir y venir desde la novela, como si se ensayaran mutuamente, como un cocuyo que revoloteara por cada uno de los heterónimos, como si él se desdoblara en nosotros y en los personajes para mejor reconocerse.

Otros indicios que nos aproximan están en las nociones helénicas de educación. Metodológicamente el principio es socrático: la propensión de Sócrates a favorecer el desarrollo individual del interés, a estimular las búsquedas. No se proponía adoctrinar —como se apunta en el *Teeteto* platónico. La interrogación como norma delimita la función del maestro. Sólo debe contribuir al parto intelectual. La fecundidad, el arte del proceso mayéutico, viene por los caminos del diálogo, rechaza toda forma impositiva, todo monólogo pedestre y arrogante. Conversar con los demás y consigo mismo es la base didáctica, ajena al individualismo de los sofistas.

La búsqueda de sí mismo, de stirpe socrática, platónica y aristotélica, es también de la virtud y de la justicia, del saber y de las maneras de vivir; pero a conciencia de que sólo es alcanzable en tensa comunión con los demás y sobre bases dialécticas, enunciadas por filósofos presocráticos como Heráclito y Anaximandro.

Platón, en la *Apología* de Sócrates, señala: “Una vida sin búsqueda no es digna de ser vivida por el hombre”. Lo mejor de nuestra cultura occidental está vinculado a tal axioma, sin que implique una idea lineal del tiempo o la aporía de un desarrollo sucesivo. Lezama siempre lo tuvo como principio del Curso, como parte del Eros cognoscente.

También la aceptación del destino, aspecto más polémico por su relación con la teoría del azar y de lo casual, forma parte sustancial del cuerpo de principios, aunque vale aclarar que tomando lo inexorable en el sentido cristiano de misión, de significado vital, de destino a cumplir. Alguna vez Lezama afirmó: “La grandeza del hombre es el flechazo, no el blanco”. Y en la misma entrevista declaró: “He sido siempre un solitario que cultiva el diálogo con fanatismo”. Quizás ese sentido fanático del diálogo, rastreable en Sócrates a través de Platón, sea el axis del Curso Delfico.

Puede añadirse lo que Werner Jaeger señala en su monumental *Paideia*: Para los griegos la cultura no tenía un valor antropológico descriptivo, como “totalidad de manifestaciones y formas de vida que caracterizan a un pueblo”, sino que le otorgaban un significado de valor como ideal consciente. “Los griegos —apunta Jaeger— vieron por primera vez que la educación debe ser también un proceso de construcción consciente”. La *Paideia*, con sus matices contemporáneos, se incorpora al Curso Delfico. La *areté* como concepto central de la

educación griega es signo dirigido a vencer cada uno de los obstáculos que se interponen en la formación, trayecto y meta volante. Una *virtud* y una *energía* que van modulándose continuamente, en una espiral que nunca distingue entre lo sensorial y lo racional, que rebasa tal tropelía mutilante, tal enfermedad del espíritu.

Lezama, conocedor profundo de la cultura griega, asiduo lector de Platón, marca su pedagogía con el sello de mármol y de laurel, con el membrete más lúcido porque en ella se produce una simbiosis de disímiles fuentes, hasta de origen taoísta, dada la diversidad de lecturas, que también comprenden las parábolas de Chuang-Tzu y el vacío del Tokonoma, el fragor místico de San Juan de la Cruz y el “ramo de fuego” de los cronistas de Indias, las travesuras de un troll escandinavo, las de un diosecillo maya-tolteca que juega con un güije afrocaribeño...

Pero no pensar que al Curso lo envuelve el esoterismo. Nada enigmático resulta, dentro de su eclecticismo crítico, si bien exige un rastreo de sus sesgos tan arduo —tan motivante— como el que nos provocan ensayos suyos como “Las eras imaginarias: la biblioteca como dragón”. Recordemos una de sus frases más queridas: “Sólo lo difícil es estimulante”.

Tampoco la concepción del Curso puede considerarse ajena a las tradiciones pedagógicas de Cuba. Sabemos que pocos coterráneos han conocido mejor nuestra cultura. Bien presentes en el ejercicio de su peculiar magisterio están, por ejemplo, las ideas del padre Félix Varela, sus críticas a la memorización mecánica. Lezama también barrió “dispuesto a no dejar el más mínimo polvo de escolasticismo ni de inutilismo”—como dijera Varela en su tiempo. Por la brecha del Padre José Agustín Caballero, que siguiera Varela, para enseñar al alumno “a pensar”, anda el Curso Delfico, bien ajeno

al autoritarismo que combatiera aquel lúcido pensador, y dentro de un fervor ético y patriótico ejemplar, como leemos en sus *Cartas a Elpidio*. El más importante discípulo de Varela, Luz y Caballero, fue un continuador brillante de la renovación de la pedagogía en Cuba. Su defensa de la reproducción crítica por el alumno de lo esencial aprendido —que es de perfecta actualidad—, tiene un buen homenaje en la técnica utilizada por Lezama.

A la memoria puede llegar también Rafael María Mendive, el maestro-poeta, desde sus lecciones de moral, su formación de “hombres de porvenir”, hasta su siembra de discípulos, entre los que se encontraba José Martí. El Curso Délfico también asimila sin mimetismos las ideas pedagógicas de José Martí. La variedad, por ejemplo, es una característica que podemos reconocer en aquel artículo juvenil de Martí, publicado en la *Revista Universal* de México en 1875: “La variedad debe ser una ley en la enseñanza de materias áridas. La atención se cansa de fijarse largo tiempo en una materia misma y el oído gusta de que distintos tonos de voz lo sorprendan y lo cautiven en el curso de una peroración”. Bien variadas eran las lecturas y conversaciones en aquella sala rodeada de diversos cuadros de la mejor pintura cubana, de René Portocarrero, Víctor Manuel, Amelia Peláez, Raúl Milián, Mariano Rodríguez, Jorge Arche, Martínez Pedro... Tal vez el elogio de lo “continuidad” como signo del Curso se encuentra en una frase del padre Varela, de la cual este ensayo da testimonio: “La mayor gloria de un maestro es hablar por boca de sus alumnos”.

El Curso Délfico, contra cualquier equívoco emanado de algún alumno poco fiel, tiene en *Oppiano Licario* —insistimos— su mejor caracterización. Un conjuro

que sirve también contra algunos críticos totalitaristas que han tratado de escamotearle a Lezama tanto la catolicidad como la poética fundacional, tanto las preocupaciones sociales como las angustias sobre el destino de nuestra nación, tanto el trabajo de promoción cultural como las labores pedagógicas que aquí pretendemos mostrar.

En las páginas finales del capítulo IX, penúltimo que lograra escribir de la segunda parte de *Paradiso*, Fronesis visita a Editabunda, “la viejita de la que le había dicho Ynaca que estaba en estado de gracia”. Cuando el personaje asciende a la casa: “No había redomas ni el aleph se transparentaba”. “Pero Fronesis pudo notar cómo la luz parecía que lo atravesaba a él y a las paredes, y que en las ventanas la luz sobre la luz se adensaba, hasta que parecía que allí saltaba un pájaro”. Obsérvese cómo el escritor nos va pasando de lo real a lo *suprarreal*, nos va preparando sabiamente para la escena de la revelación, de la *luz* como sabiduría, como símbolo del conocimiento con evidente referencia a Goethe.

Fronesis, a quien Lezama emparenta con Elías (*San Mateo*, capítulo XI, versículo XIV), intenta recorrer los senderos que conducen al deslumbramiento fáustico, siguiendo las huellas de Oppiano Licario que conociera por boca de José Cemí: “Pero tú volverás a caminar los caminos que él recorrió y lo que tú hagas será la reconstrucción de aquel libro suyo, *Súmula nunca infusa de excepciones morfológicas*, que el ciclón arremolinó y perdió sus páginas quedando tan sólo un poema” —le dice Editabunda a Fronesis.

No olvidemos que *edere*, étimo de *editio*, significaba “dar a luz”, que *editio* es parto, y relacionémoslo con la mayéutica socrática, a través del nombre de la pitonisa lezamiana. Editabunda, la abundante en luz,

la comadrona del saber, se nos presenta entonces con toda su magnitud simbólica, nos conduce al Curso, le dice a Fronesis:

Licario le transmitió a Cemí un conocer que el llamaba el Curso Delfico y Cemí lo conversó contigo, es decir, se hizo visible. Y eso es lo que yo te voy a enseñar y después te diré cómo podrás ver a tu madre. Licario tenía el convencimiento de un conocimiento oracular en el que cada libro fuera una revelación, con eso se evita el fárrago de lecturas innecesarias en que caen los adolescentes. El concepto romántico “y erróneo” (sic) de que el error de esas lecturas sobrantes tiene que ser superado por el que oye la palabra de los iniciados, de los que han sabido hacer su camino y comprendido el Eros estelar, el wu wei de los chinos. Cada libro debe ser como una forma de revelación, como el libro que descifra el secreto de la vida. La primera parte del Curso Delfico se llamará Overtura palatal, tiene por finalidad encontrar y desarrollar el gusto de la persona. ¿Cuáles son los libros que dejan en nosotros una nemosine creadora, una memoria que esté siempre en acecho devolutivo?

La pitonisa, dueña del acceso al oráculo, ha dado los primeros sentidos apolíneos, el deslumbramiento ante una buena lectura, la noción de un aprender listo a discriminar, la formación del gusto en la fase de la Overtura palatal, la nemosine imborrable para siempre en quienes supimos seguir el trayecto. Y obsérvese que la acción se produce en el paladar, en los sentidos. El gusto sensualista recibe la prioridad. El alumno se abre hacia los sentidos, sin oponer maniqueamente el pensamiento racional, lógico, a lo intuitivo. Entonces prosigue la lección magistral:

Mira —dijo Editabunda—, sígueme y verás algo de ese mundo que hace nuestra vida más levitante y gravitante. Son las obras que yo he leído y que me han dado sabiduría, conocimiento inmediato, mitología y teología. Mira, sin un hombre se ha pasado su larga vida leyendo las mejores obras, pero no ha leído *El gran Meaulnes*, *La Eva futura*, *Al revés*, *Mono*, su gusto vacila, como un gourmet que no hubiera probado la piña.

Y junto a la sonrisa por la afición de Lezama hacia similares sensualistas, probatorios de su golosinear irrefrenable, aparecen los primeros títulos, bien variados y representativos de una integralidad sin discriminaciones ni centrismos. También sin programas que sigan un aburrido decursar dictado por la historia, por el espejismo de que un estilo sucede inexorablemente a otro, de que escritores y obras pueden catalogarse como si fueran mercancías en un almacén.

De nuevo llamo la atención sobre cómo el sentido del Curso busca un eclecticismo apreciativo, una sabiduría que se agrupa, que al modo de los alquimistas amalgama el conocimiento inmediato con la mitología y la teología. El salto de la literatura francesa a las asiáticas no es “exotismo”, es una suma enriquecedora. Lo exótico para Lezama va de Baviera a Pekín, de París a Nepal, de Tenochtitlán a Roma y Nueva York...

La clase continúa:

Lo cogió de la mano y lo llevó a otra pieza de la casa, donde estaban tres estantes con unos dos mil libros. Las puertas no tenían cristales, eran de madera. Los abrió y le dijo a Fronesis: fíjate en el nombre de esos libros. Fronesis los reojó primero y vio que en el primer estante estaban *Las mil y una noches*

y el último del tercer estante era el *Timeo* de Platón seguido de la *Metafísica* de Aristóteles:

Cada uno de esos estantes comprende una parte de la sabiduría —dijo Editabunda—. La primera despierta el paladar, la curiosidad por aquello que cada cual tiene que hacer suyo, estableciendo entre él y el Curso una continuidad inagotable. Tienes que venir días sucesivos y reconocer el nombre de esos libros que actúan como regidos por la gracia. El segundo estante comprende lo que llamo el Horno Transmutativo, el estómago del conocimiento, que va desde el gusto al humus, los que los taoístas llamaban la transmigración pitagórica con burla de los budista, a la materia signata de que hablaban los escolásticos, a la materia que quiere ser creadora. Se comprueba que la materia asimilada es germinativa y la semilla asciende hasta la flor o el fruto. La tercera parte trata del espacio tiempo, con lejanas raíces en las bromas lógicas de los megáricos o en el mundo aporético o eleático. Adquirir un espacio donde el hombre convierte en un cristal pineal su circunstancia, el espacio exterior e interior, como si toda interrupción o ruptura de la comunicación se rompiese para vivir nuestro verdadero enigma. Se burla del tiempo pues acerca la vida a la muerte y la muerte a la vida, gravita el cielo hasta la tierra y levita la tierra hasta el cielo.

Sugiero se reflexione sobre el carácter de los libros que abren y cierran la espiral: *Las mil y una noches* y el *Timeo*, es decir, la fábula como posibilidad infinita de la imaginación y engendradora de una apetencia de lectura incontrolable; y la hipótesis sobre el origen de la especie humana, de la naturaleza y del mundo, que *Timeo* expone ante Sócrates, Critias y Hermócrates. Naturaleza y sobrenaturaleza, en el arco de los libreros,

se hermanan, se funden más allá de chatas concepciones que conceden a la creación artística, y por extensión al reino de la fantasía, un lugar secundario, supeditado a una supuesta “realidad”, divorciando a la vez lo lógico de lo intuitivo. Insistir en esta integración —semejante a lo que en la poesía actual Octavio Paz llama “convergencia”— es una de las divisas permanentes del Curso.

También sugiero pensar acerca del carácter de las fases —no necesariamente sucesivas, tras la primera vuelta—, desde la Overtura Palatal hasta el Horno Transmutativo y la Galería Aporética. El proceso —como el de su obra literaria— nunca lo concibe como una línea recta y se define por el carácter germinativo. Tal carácter posibilita que la angustia de finitud sea llevadera, soportable, al otorgar una razón de ser, su objetivo nunca terminal.

Fronesis —nos cuenta Lezama— recorre los estantes, observa cómo los títulos se nublan y aclaran. Y aparece de nuevo la voz de la sabiduría, de la pitonisa que prosigue las enseñanzas:

Esa tercera etapa —volvió a decirle—, el paso del Horno Transmutativo al tiempo aporético, se precisa por aquello que ya tú le oíste a Cemí, de que al chocar con pasión de súbito dos cosas, personas o animales, engendran un tercer desconocido. ¿Recuerdas aquello de que al copular el gato y la marta no engendran una marta de ojos fosforescentes, ni un gato de piel estrellada, sino que engendran el gato volante?

Hasta ese momento tendrás que permanecer en la etapa que los pitagóricos llamaban del *akoustikoi*, en ese tiempo que los discípulos tienen que permanecer tan solo como oyentes, la perfección de su silencio revelará la calidad. La perfección de ese silencio hace que vaya naciendo la perfección de ese disciplinante

y su mayor acercamiento al iniciado le va otorgando un sentido.

Fronesis pudo observar que la madera de los estantes era cubana, como aquella que le producía deleite a Arias Montano frente a la esfera armilar del Escorial. Tuvo entonces la revelación de que la acumulación de esa sabiduría debía regresar a Cubanacán, al centro insular, a lo desconocido.

Obsérvese cómo Lezama aprovecha para indicar su poética: un ideario que de muy diversas maneras, por distintas formulaciones y modulaciones, hallamos desde el comienzo de su obra. Por ejemplo, aparece en uno de los aforismos de “Razón que sea” en la precursora revista *Espuela de Plata*, allá por 1939: “La ínsula distinta en el Cosmos, o lo que es lo mismo, la ínsula indistinta en el Cosmos”. Sentido de haz y envés que también lo hallamos en el ensayo “Preludio a las eras imaginarias”, cuando afirma que “la causalidad y lo incondicionado al encontrarse han formado un monstruosillo, la poesía”. El Curso Delfico se nos presenta a plenitud. Su sentido de aventura hacia las imágenes posibles decodifica la obra de Lezama.

Vale llamar la atención sobre el *akoustikoi*. Tal silencio creador, perfectible, desenvuelve un arte del saber escuchar sin atropellar respuestas, del saber aprender sin una inmediata reacción externa. Contra los más sutiles estadios de la precipitación, tan nocivos para cualquier estudiante de cualquier latitud o nivel, tan nocivos para la creación artística y literaria, Lezama invoca a los pitagóricos. Y no se trata de una ironía. No intenta recordar la frase de Cicerón: “El silencio es la mayor elocuencia”. Es una enseñanza metodológica para el sano desarrollo intelectual cuya validez, de serena contención, exhibe

ventajas inobjetable: mejora la capacidad de observación, precisa los objetivos, evita digresiones...

Tampoco dejemos de observar el detalle, tan sencillo, de que la madera de los libreros era cubana, lo que posibilita la revelación, el regreso a la Isla. Podrían encontrarse infinidad de argumentos a favor de la preocupación “cubana” de Lezama: pienso que este se halla entre los más característicos de su estética romántica. El regreso a Cubanacán, para Fronesis, indica sin equívocos un sentido patriótico, aunque se trata de un nacionalismo ajeno al cosmopolitismo acrítico, tanto como a los chovinismos de la demagogia extemporánea.

La comadrona —recuérdese que la madre de Sócrates era partera, de ahí el arte de descubrir los conocimientos: mayéutica— prosigue:

Ya ves —le dijo Editabunda— que no es la acumulación sino encontrar las esencias que nos entregan la sucesión de las generaciones y algo que se pone por encima de la generación para dar un salto, pues esos estantes se renuevan constantemente y hay grandes debates, como el que sostuvo Hortensio con Cicerón en el senado romano para decidir sobre la inclusión y la exclusión. Y hay libros que después de describir como la parábola de una ausencia mágica, vuelven a ocupar su lugar, estando todos ellos como dispuestos a volar e irse a regiones que no conocemos. Por ejemplo, cuando se prohíbe el *Tao Te King*, aparecen entonces más taoístas en Inglaterra. Esa búsqueda de la sabiduría nos acompaña hasta la muerte. La Overtura Palatal, el descubrimiento de los libros oraculares, nos debería acompañar siempre. El Horno Transmutativo nos revela que el *paideuma* de la creación está vivo en nosotros, que la escritura cae en nosotros, cada una de sus letras como peces

que avanzan sin perturbar la masa líquida, pero que desconocen las distancias pues las traga antes de que ellas nos reten...Y la Galería Aporética o burlas del tiempo y el espacio, nos enseñan si en realidad merecemos la muerte como una suspensión para la resurrección.

Como vemos, el tránsito al tiempo aporético posibilita la salida del silencio de alumno hacia la pertinaz aventura creadora. El alma del Curso es un sentido de búsqueda que se justifica en sí mismo, que rechaza utilitarismos mecanicistas, que se burla del tiempo y del espacio en su sentido pragmático. Allí el *yo* se torna intemporal. La esperanza cristiana de la resurrección colma al ser, culmina el Curso, la vida y la muerte, la búsqueda y la intranquilidad de espíritu, Platón y Aristóteles, Spinoza y Hegel, pero con un leve toque irónico, como el que trasunta la historia de Aquiles y la Tortuga, cuya carrera no es ganada ni perdida por ninguno. Tal culminación infinita, como los anillos de la serpiente, crujen entre sí; muy al gusto de Jorge Luis Borges, con quien también coincide Lezama en algunos axiomas pedagógicos, como los que Borges enuncia en la conferencia “La poesía”, de sus *Siete noches*. Tanto el Curso Delfico como las ideas de Borges, parten de las peculiaridades de cada estudiante. Reinaldo Arenas y yo no recibíamos siempre los mismos libros...

El carácter autobiográfico de la descripción culmina inmediatamente. Comprendemos enseguida que las enseñanzas que se atrevía a transmitir no proceden de disquisiciones más o menos felices sino de su propio aprendizaje. Sólo comunica lo que ha sido fruto de su propia vida, y sin ánimo arrogante, sin pretender la aceptación total, sólo sugiriendo. La autenticidad es

signo vital del Curso. Entre las admiraciones que Lezama suscita, sobre todo entre los jóvenes, una de las más hermosas es el respeto a una vida nunca lastrada por la hipocresía, nunca coloreada de oportunismo.

La espiral de libros sugiere un perfecto sentido de cuán cambiante resulta la recepción de modas y estilos. Las oleadas de textos van y vienen de los estantes, se dejan atizar por la censura, embravecer por las inquisiciones, agigantar por las represiones... El lector paradigmático como ente-lequia recibe una deliciosa estocada. La llamada teoría de la recepción, iniciada en la Universidad de Constanza en 1967 con la conferencia de H.R. Jauss “Historia literaria como provocación a la ciencia literaria”, tiene aquí un lúcido antecedente y un virtual apoyo. Lezama sabía cuán cambiantes resultan los gustos y aficiones, cuán variables resultan las decodificaciones de los textos. Ese libro que “vuela” a lo desconocido —cuello de cisne— también indica, con Unamuno, cuán distintas pueden ser las lecturas de un mismo texto que hacemos a lo largo de nuestras vidas. Las espirales receptivas —sin relativismos justificantes de la mediocridad— pueden considerarse un ideologema básico del Curso.

Editabunda concluye:

Puedes venir varios días. Y siempre te daré una frase para que la medites junto con la memorización de los textos. Esa meditación te crea y te lleva al espacio gnóstico. Un día te daré la frase del oráculo de Delfos: “Lo bello es lo más justo, la salud lo mejor, obtener lo que se ama es la más dulce prenda para el corazón”. Y otro día te daré la frase de Holderlin: “Hemos nacido demasiado tarde para ser dioses y demasiado temprano para tener un ser”. Otro día meditarás en

el verdadero sentido de la sentencia de Pascal: “La pereza es lo único que nos hace pensar que somos dioses venidos a menos”. Así esas lecturas te darán impulso, una forma de ganar la carrera temporal, sentir cómo tú mismo eres tierra germinativa y por último cómo llegarás a la muerte. Esas sentencias de los iniciados trazarán en torno tuyo como un espacio que te revelarán que las tres ruedas funcionan con el debido juego de sus dientes.

Al recordar las ocasiones en que Lezama me dictara las tres sentencias, vuelvo a reflexionar en sus sentidos. De nuevo tomo la del oráculo de Delfos como signo vocacional ante la página en blanco y ante las metas cotidianas. Pienso en la del poeta alemán como una transición inevitable pero sin pesimismo. Tomo la de Pascal como el antídoto contra los “nada vale la pena”. Advierto así que casi ninguno de los grandes escritores latinoamericanos del siglo puede exhibir una faceta pedagógica, una persona enseñante, una generosidad didáctica similares a las que el Curso Delfico sugiere.

Ahora podemos interrumpir momentáneamente los comentarios, reservar los que hablan del símbolo materno, y describir nuestro recorrido individual por el Curso, tal como prometimos en 1985, cuando dimos a conocer la primera versión de estas cuartillas en la revista *Casa* (No. 152); y en 1990 en la revista *Letras Cubanas* (No. 16). Esta tercera entrega —suponemos— mejora y amplía las precedentes versiones, aunque como el Curso la reflexión carezca de una página final.

La continuidad y la leyenda del Curso, tergiversada por algunos “alumnos” cuya preocupación ha sido de vanidades, de autopromoción vacua y anodina, merece un testimonio cercano a las *Conversaciones* con Goethe

que escribiera su fiel confidente Eckermann, sin las ficciones promocionales de la *Cercanía de Lezama*, muchas de las cuales —como certeramente comentara Gastón Baquero— responden a que “hay ya demasiadas anécdotas y fantasías en torno a la figura de Lezama, como para aparecernos ahora con este o aquel chismecito, o —recalca Baquero— refutando las patrañas urdidas en razón de que los muertos no pueden desmentir a los embaucadores”.

Con toda ingenuidad y el mayor entusiasmo me propuse entonces una suerte de *Conversaciones con Lezama*, tras la lectura del texto de Eckermann, que también formaba parte del Curso. Y como forma de ir archivando de un modo menos caótico las cartas, notas y recortes que venía acumulando desde que lo conociera, cuando apenas tenía 17 años y me dedicaba a escribir una novela epistolar que imitaba el *Werther*.

Durante años escribí un puñado de libretas de apuntes. Ahora las releo con un mezcla de nostalgia y de fervor. Son una especie de diario entrecortado, muchas veces telegráfico. La mayoría de los apuntes fueron escritos tarde en la noche, después de regresar de Trocadero 162. Al reconstruir cada escena no sólo experimento la alegría de una suerte verdaderamente providencial, sino el desafío de entregar noticia fiel de la aventura. Vale añadir que Lezama conocía de tales libretas, al igual que su esposa María Luisa, y por supuesto que María del Rosario García Estrada, mi compañera de visitas desde nuestro noviazgo hasta que Lezama nos impelió al matrimonio un 3 de enero de 1975, sirviéndonos de testigos en el Juzgado de Marianao y de padrino de nuestra hija Ariadna —nombre en cuya elección participó— en la Iglesia del Espíritu Santo, frente al Padre Gaztelu, en marzo de 1976, meses antes de morir.

ÍNDICE

Prólogo / 9
El Curso Delfico / 15
Las revistas proféticas / 67
<i>Orígenes</i> / 89
Catorce ciclones / 121
La galaxia Lezama / 133
Lectura de “Oda a Julián del Casal” / 153
Del sentido visual / 171
Las décimas de Lezama / 191
Dos poemas a la madre / 201
Un aproche a dos poetas / 219
<i>Paradiso</i> : recepciones / 229
<i>Opus Ícaro</i> / 273
La erótica de iniciación sexual en <i>Paradiso</i> / 347
Ensayos manieristas / 367
La materia artizada / 389
Crónicas habaneras / 407
Imagen de Puebla: <i>La expresión americana</i> / 429
Enseñar a Lezama / 437
Epílogo / 453
Bibliografía y gratitudes / 457